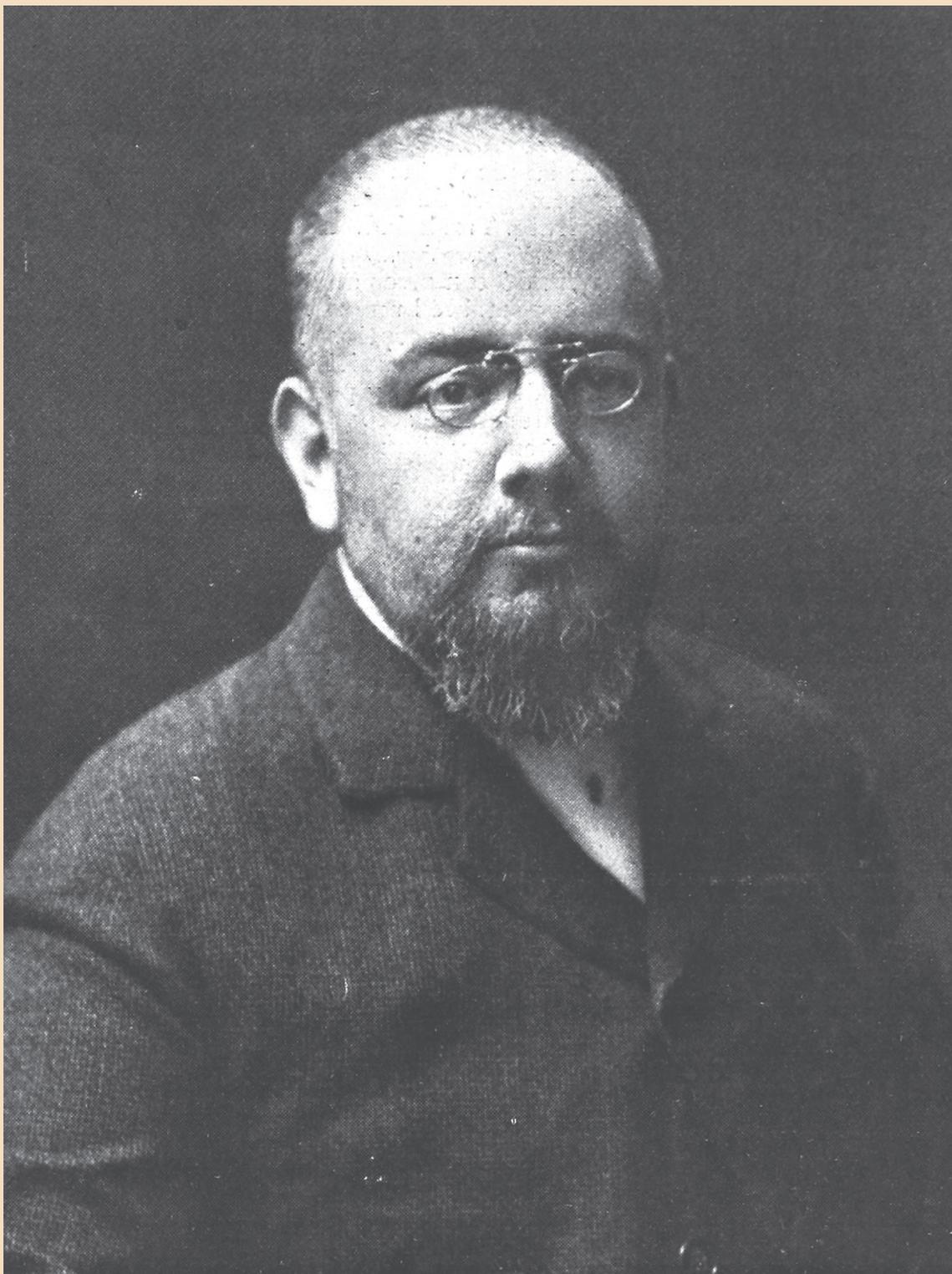


# ARCHIVO SECRETO

Revista Cultural de Toledo



Número 8 • Año 2025



## FRANCISCO NAVARRO LEDESMA: UNA AMBICIÓN LITERARIA

José Luis del Castillo

Veinte años después de que falleciera, el 21 de septiembre de 1905, el escritor y catedrático Francisco Navarro Ledesma, el también escritor y profesor Félix Urabayen (1883-1943) lo presentaba como “el fruto más sazonado que ha producido Toledo”<sup>1</sup>. La ciudad, a su vez, se declaraba “en deuda verdaderamente sagrada” con quien decían ser “una de las figuras más prestigiosas del periodismo” nacional<sup>2</sup>. Esos juicios encomiásticos sobre quien sin duda fue, como le calificó Pérez Galdós, “hombre de fecundísimo ingenio y cultura extensa”<sup>3</sup>, y un “notable segundón” de la generación literaria del noventayocho<sup>4</sup> estaban plenamente justificados, al igual que el aserto sobre sus raíces toledanas, pero tanto la altiva presunción de su toledanía como su merecido prestigio ocultan más de un aspecto de interés.

### 1. UNA FAMILIA TOLEDANA

Su nacimiento tuvo lugar el 4 de septiembre de 1869 en Madrid, a donde su madre, Paulina Ledesma y Gil Palacio, desposada con Mariano Navarro Vargas, se desplazó desde Toledo para ser atendida en casa de su familia paterna durante el parto de quien había de ser el primero, y único varón, de sus tres hijos. Por otra parte, ni los Ledesma ni los Navarro eran oriundos de Toledo o su provincia. Los primeros procedían de Navarrete, en La Rioja, mientras que la familia Navarro tenía orígenes zamoranos. El único pariente de origen toledano era Mariana de Vargas, la abuela paterna del escritor, cuyos padres habían nacido respectivamente en Chozas de Canales y Orgaz. Estaba casada con Francisco Navarro, originario de Cerecinos, un pequeño pueblo de Zamora, comerciante establecido junto con varios hermanos en Toledo tras adquirir propiedades agrícolas, sobre todo olivares en Argés<sup>5</sup>, y urbanas en la ciudad aprovechando los procesos de desamortización de bienes eclesiásticos decretados por Juan Álvarez Mendizábal (1836) y Baldomero Espartero (1841). Unos y otros iban a estable-

cer relaciones toledanas de parentesco después de que, siguiendo el hábito social de formalizar enlaces entre familias adineradas para afianzar negocios e intereses, Mariano Navarro Vargas, por un lado, contrajera matrimonio con Paulina Ledesma y de que Nicolás Ledesma Sáenz del Canto, hermano del abuelo de nuestro catedrático y periodista, Manuel Ledesma, ambos comerciantes y banqueros beneficiarios, como los Navarro, de los procesos de desamortización toledanos<sup>6</sup>, hiciera lo propio con Francisca Navajas Valdemoro. Fruto de esta unión nacerían en Navarrete Gabriel Ledesma Navajas, que acabó estableciéndose en Toledo como abogado, comerciante y administrador del conde de Cifuentes, y sus hermanos Enrique y Gregorio, que harían fortuna en Puerto Rico, desde donde hicieron negocios con los Ledesma madrileños. Gabriel casaría en Toledo con la única hija de Francisco y Mariana, Felisa, hermana de Mariano y de Francisco Navarro Vargas, quien daría a luz a los muchos primos toledanos del ilustre periodista. Quedaban así diferenciadas dos ramas de la familia Ledesma: la madrileña, formada por descendientes de Manuel Ledesma Sáenz del Canto, una hija del cual se casó con Mariano Navarro Vargas, cuyos hijos -Francisco Navarro Ledesma entre ellos- se sentirían tan atraídos por Madrid como por Toledo, y la toledana, integrada por los vástagos de Gabriel Ledesma Navajas y emparentada con los Navarro a partir de su enlace con Felisa Navarro Vargas.

Pero ni los Navarro ni los Ledesma echaron en Toledo raíces exclusivamente económicas. Una vez afincados en la ciudad, rejuvenecida en las primeras décadas del siglo XIX por la incorporación de nuevos habitantes, muy pronto se hicieron hueco por interés de clase en los órganos institucionales de la administración municipal y provincial para consolidar influencias políticas que favorecieran sus negocios, como otros miembros de la mesocracia dominante en una ciudad que renacía de sus horas más bajas. Francisco Navarro, abuelo paterno del futuro periodista, fue nombrado teniente alcalde primero, y ejerció como alcalde interino, en 1852 y más

< *Francisco Navarro Ledesma. Fotografía de Christian Franzen. Blanco y Negro, 30 de septiembre de 1905*

tarde, tras la caída del gobierno progresista que presidió el llamado bienio democrático, de nuevo se hizo con la vara de la alcaldía en 1856, al tiempo que presidía la Junta de Beneficencia provincial. Por otra parte, su hijo Francisco Navarro Vargas, fiel seguidor de Antonio Cánovas, fue designado teniente alcalde en el seno del consistorio conservador que inauguró en 1874 la etapa de la restauración y alcalde dos años después, antes de ser elegido en 1877 diputado provincial, cargo que retuvo hasta 1884, cuando se convirtió en senador. Su hermano Mariano, el padre de Navarro Ledesma, se limitó, sin embargo, a ser juez municipal (función que ejerció asimismo en Madrid) e investigador de la Comisión de investigación de bienes nacionales de la provincia, además de ocupar cargos en instituciones privadas como, entre otras, la Sociedad Arqueológica de Toledo, de la que fue nombrado vicepresidente en 1884. A su vez, Gabriel Ledesma Navajas, éste liberal, fue escogido teniente alcalde segundo en 1858, dentro del consistorio progresista encabezado por Rodrigo González-Alegre. Años después, en 1875, también él fue elegido diputado provincial por Toledo capital, cargo que renovó en 1882. Al año siguiente formaba parte de la Comisión



Retrato de Félix Ledesma Navarro, alcalde de Toledo en 1912-1913 y en 1916. Galería de alcaldes. Archivo municipal de Toledo



Retrato de Gregorio Ledesma Navarro, presidente de la Diputación y alcalde de Toledo. Galería de alcaldes. Archivo municipal de Toledo

provincial para el estudio de las necesidades de la clase obrera instituida por Segismundo Moret. Sus hijos Félix y Gregorio, miembros igualmente del partido liberal y primos toledanos del escritor, ocuparon asimismo puestos políticos de relieve. El primero, procurador de los tribunales, se mantuvo como concejal del consistorio toledano, ejerciendo a veces de alcalde interino, entre 1899 y 1920 y, posteriormente, en 1931. Fue, además, elegido alcalde en dos ocasiones, la primera de enero de 1912 a noviembre de 1913 y la segunda, entre enero y mayo de 1916. Su hermano Gregorio Ledesma Navarro, abogado y juez municipal, fue diputado provincial durante largo tiempo, entre 1903 y 1919, época en que ocupó el cargo de vicepresidente de la Diputación en 1905 y el de presidente entre 1917 y 1919. Fue asimismo gobernador de Vizcaya en 1922 y poco después, durante la dictadura de Primo de Rivera, alcalde de la ciudad entre octubre de 1923 y marzo de 1924 y desde agosto de 1928 a marzo de 1930.

Se puede afirmar, por tanto, que la toledanía tanto de los Navarro como de los Ledesma no venía de antiguo, al igual que ha ocurrido y sigue ocurriendo con buena parte de los individuos que han destacado o destacan en la vida social y cultural toledana, sino que estaba marcada por intereses de clase y políticos. De tal modo, el merecido homenaje rendido a Francisco Navarro Ledesma, “hijo de Toledo”, en expresión de Pérez Galdós, pero tan madrileño como toledano, era celebración del prestigio obtenido por un miembro de la casta social a la que pertenecía.

## 2. FORMACIÓN Y JUVENTUD: ENTRE MADRID Y TOLEDO

El inicio de su formación tuvo lugar ya a caballo entre Madrid, donde realizó los estudios primarios y comenzó, en el Instituto de San Isidro, los de Secundaria, y Toledo, en cuyo Instituto Provincial cursó solo tres años, junto a su primo Mariano Ledesma Navarro y a Constantino Román Salamero, traductor de Montaigne, quien años después sería uno de sus amigos íntimos, y obtuvo el título de bachiller en 1884, a los 14 años<sup>7</sup>, y de donde retornó



Fachada del Instituto Provincial de Toledo, donde Navarro Ledesma obtuvo el título de Bachiller. Foto Casiano Alguacil (ca. 1885). Archivo Municipal de Toledo

a la capital a fin de cursar, seguramente por decisión paterna, un año preparatorio para acceder a la Facultad de Derecho de la Universidad Central. Era una orientación que le podría haber llevado a seguir un camino profesional y político similar al recorrido por sus primos toledanos. Atraído, sin embargo, por los estudios literarios más que por los jurídicos, al año siguiente se matriculó en la Facultad de Letras, cuyas enseñanzas iba a simultanear con la carrera de Derecho. Abandonó así Toledo para alojarse el primer año en casa de una hermana de su madre, Ana Ledesma, casada con el comerciante catalán y diputado en el Congreso por Gerona Juan Fabra Floreta, y en años sucesivos, hasta terminar las dos carreras, inicialmente en el domicilio de sus abuelos maternos y cuando su padre pasó a ejercer temporalmente en Madrid como juez, a partir de 1885, en el de sus padres.

A fines de 1888, obtuvo el grado de licenciado en Filosofía y Letras, carrera cursada de modo brillante, tras disertar con la calificación de sobresaliente (felicitado por ello en la prensa toledana<sup>8</sup>) sobre “La conquista de Constantinopla por los turcos” ante un tribunal presidido por Nicolás Salmerón y con Marcelino Menéndez Pelayo, a quien él iba siempre a considerar uno de sus



Ángel Ganivet, ya diplomático, junto a la fuente del Avellano en Granada (1897)



Benito Pérez Galdós, polémico académico de la lengua. Foto de Vda. De Amayra y Fernández (ca. 1890). Archivo de la Real Academia Española

maestros, como vocal. Fue también ese año cuando entabló amistad con Ángel Ganivet, cuatro años mayor que él, llegado entonces desde Granada a Madrid para hacer el doctorado en Letras, de quien iba a convertirse en el más estrecho confidente. Pocos meses después, en enero de 1889, trazaría un primer contacto con Benito Pérez Galdós al encabezar una indignada protesta de los estudiantes madrileños, “entusiastas admiradores del primer novelista español... contra el inalfabético acuerdo de la Academia española excluyéndole de ocupar uno de sus sillones”<sup>9</sup>. En junio de ese mismo año, aún con 19 años, obtuvo su doctorado, también con sobresaliente, tras defender una tesis sobre “Mariano José de Larra (Fígaro). Reflexiones acerca de sus precedentes, su vida y sus obras”<sup>10</sup> ante un tribunal presidido por el arabista Francisco Fernández y González, en el que Menéndez Pelayo actuó como secretario y Nicolás Salmerón de vocal.

En cuanto a la carrera de Derecho, cursada por libre, sin ningún entusiasmo y con resultados mediocres,

aún se matriculó en la Universidad dos años más para ultimarla, pero acabó por abandonarla tras aprobar en septiembre de 1891 alguna asignatura suelta de las pocas que le quedaban y sin haber obtenido la licenciatura. Para entonces había conseguido ya publicar algún artículo en los periódicos madrileños *El Globo*, con el que colaboraba desde 1888, y *El Imparcial* y dado inicio a su vida profesional. Tomando un camino similar al de su amigo Ganivet, al poco de doctorarse en Letras ganó unas oposiciones a archivero, con la única intención de asegurarse aunque fuera un corto sueldo con que “ganarse los santos garbanzos”, según confesó a Pérez Galdós<sup>11</sup>, y en agosto de 1890 fue destinado con la categoría de ayudante de tercer grado al Archivo Central de Alcalá de Henares, donde apenas ejerció. Pronto pidió y obtuvo traslado a Toledo. Allí volvió, siguiendo a sus padres, a principios de 1891, casi siete años después de su marcha, aunque hasta junio no se incorporó a su nuevo empleo en un Archivo Histórico de fugaz existencia. Un año después, anticipándose a la supresión del archivo, pasaba a ocupar la jefatura del Museo Arqueológico, donde permanecería hasta 1895, cuando regresó a Madrid. Al mismo tiempo, se interesaba por tomar parte en oposiciones a cátedras de Institutos de Segunda Enseñanza o de Universidad. En febrero de 1891, firmó las de Retórica y Poética convocadas para los Institutos de Valencia y Reus; en septiembre, las de Literatura general y española de la Universidad de Santiago; y en julio del siguiente año, las de Latín de los Institutos de Alicante, Guadalajara, Lugo, Orense y Sevilla. En ninguna de ellas tuvo el éxito apetecido.

Su vuelta a Toledo era la opción que correspondía de forma natural, carente de recursos económicos, a su edad y a la condición de “provinciano” que él mismo se atribuía, pero el joven Navarro, aunque hijo de una distinguida familia toledana, la entendió como un éxodo forzado. Así se lo declaró más tarde, satisfecho de haber podido regresar a Madrid, a Ángel Ganivet<sup>12</sup>, en cuya amistad encontró siempre el aliento y la guía que precisaba. Suponía abandonar el círculo de relaciones dentro del que se movió en la capital durante sus años universitarios, que le habían abierto una perspectiva de desarrollo personal e intelectual, apenas aprovechada aún. Era un hombre en formación que, a su personal manera, compartía rasgos ideológicos generacionales propios de la llamada gente nueva con jóvenes que se reunían en el Nuevo Café de Levante y con quienes mantuvo amistad



Madrid. El café de Levante, centro de tertulias literarias. Aguafuerte de Ricardo Baroja (ca. 1905). Museo de Bellas Artes de Córdoba

más o menos estrecha entonces o poco después, como Ángel Ganivet, Miguel de Unamuno, José Martínez Ruiz “Azorín”, Ramiro de Maeztu o Manuel Machado entre los más conocidos, en particular el enfrentamiento crítico personal con la realidad española de su tiempo -y con la de la ciudad de Toledo, en el caso de Francisco Navarro- y la convicción de que el país requería una profunda renovación espiritual de sus gentes fundada en las propias y desconocidas raíces nacionales -“el alma colectiva”<sup>13</sup>, según expresión del mismo Navarro- por redescubrir en los pueblos y en su patrimonio artístico y literario. Todos ellos se sabían padeciendo los estertores de un agitado fin de siglo ignorado por los toledanos “entre el polvo y las telarañas”<sup>14</sup> de la ciudad, perdida en un pasado muerto que ilustres “toledanólogos”<sup>15</sup>, en amparo de sus intereses de casta e incluso en sórdida salvaguarda de dineros escondidos<sup>16</sup>, se obstinaban en considerar aún vigente negando toda posibilidad a una nueva vida. Mientras los acontecimientos se sucedían por todas partes, las únicas novedades que ocurrían “en estos eriales venanciovisigóticos”<sup>17</sup>, el “apolillado poblachón donde nada ocurre”<sup>18</sup> y le había tocado vivir, eran “el trasiego de puestos y prebendas en favor de la conservaduría”<sup>19</sup>, asunto que no le interesaba lo más mínimo. Más tarde, el escritor caracterizaría “Azanatópolis, la ciudad donde no se muere” evocada en el cuento *La ciudad eterna*<sup>20</sup>, con esos mismos rasgos, en clara trasposición de la imagen que guardaba del ambiente toledano. Daba así un nuevo y más profundo sentido a la visión de Toledo como ciudad muerta, al margen del presente, obtenida por viajeros como, entre otros, Pérez Galdós



Darío de Regoyos (1857-1913). *Una calle de Toledo*, pintado en 1882 durante su estancia. Colección de la Fundación María Cristina Masaveu Peterson

en 1870 o Darío de Regoyos en 1882 y por coetáneos suyos como Azorín o Pío Baroja<sup>21</sup>. La ciudad muerta pasaba a ser cámara mortuoria o conservadora y guardián de lo muerto.

### 3. TOLEDO Y LOS TOLEDANOS

El disgusto por verse obligado a cambiar de residencia y a dedicar su tiempo a ingratas ocupaciones laborales que le forzaban a alejarse del trabajo intelectual pronto se le incrementó por el aislamiento al que se encontró sometido desde que pasó a residir en Toledo, “ayuno... de todo trato y roce con personas siquiera medio racionales”<sup>22</sup>. Cubierto por “una atmósfera de polvo,

de herrumbre y de vejestoriez”, reitera meses después<sup>23</sup>, y en forzada convivencia con los engreídos prebostes de “Aburrópolis”, una de las varias denominaciones con que honró a la localidad<sup>24</sup>, se sentía convertido “en una de tantas piedras como componen este inmenso acantilado” e incapaz de “levantar el formidable peso de los siglos” cargado sobre el presente hasta anularlo, condenado a “volverse guijarro”<sup>25</sup>. Se añadían a tal situación las dificultades cada vez mayores sufridas por muy diversos motivos a lo largo de los cinco años que vivió en la ciudad. De tal modo, una vez pasados “tres años y pico en Samarcanda”, como también llama a Toledo, donde “no ocurre nada”, da en creer que “las pretendidas grandezas de la historia de esta ciudad son una pura paparrucha, una guasa histórica” porque la población le iba pareciendo “un magnífico escenario sin actores o un fondo sin figuras”<sup>26</sup>.

De todas formas y aunque sintiéndose ajeno al ambiente que le rodeaba, allí hubo de buscar acomodo, in-



Caricatura de Navarro Ledesma por José Vera. Rómulo Muro, *Albaricoques de Toledo* (1893), p. 32

comprendido él también por sus hábitos intelectuales, su desapego al compadreo social y su actitud crítica ante los asuntos nacionales<sup>27</sup>. El periodista Cándido Cabello (1886-1938) recordaría más tarde que “era tenido por un chiflado covachuelista, aficionado a buscar notas raras en viejos libros”<sup>28</sup>. Su actividad cotidiana iba a quedar cada vez más circunscrita al trabajo de archivero y a las clases de múltiples materias de enseñanza secundaria de las que se encargó en un colegio privado y como profesor auxiliar en el Instituto provincial, que asumió para completar el exiguo salario que recibía. Una y otra tarea no dejaron de dar pábulo a su malestar. Al poco de saber aceptado su traslado desde el Archivo Histórico al Museo Arqueológico, se animó a lanzar, en colaboración con Manuel Rubio Borrás, archivero de Hacienda, el periódico *El Heraldo Toledano*, de periodicidad semanal, cuyo primer número salió de imprenta el 1 de diciembre de 1892 con una tirada de trescientos ejemplares. El “periodiquejo” o “papelucho este provinciano” -como aludió a él Navarro con autoironía en carta a Galdós<sup>29</sup>-, alineado políticamente con el partido liberal, le puso en relación con las personas influyentes de la localidad, introdujo técnicas novedosas de fototipia, aprovechadas para difundir la imagen de los monumentos toledanos, y consiguió una aceptable difusión incluso en Madrid, pero las circunstancias locales iban a decidirle antes de pasados tres meses a liquidar el proyecto iniciado con ilusión y ya bien encarrilado. Seguramente influyó en la decisión la agria pugna a la que su nombramiento como director del museo le abocó con la Comisión provincial de Monumentos, representativa de la retrógrada mesocracia caciquil que controlaba las instituciones del pueblo. Considerándose agraviada por la pérdida de sus atribuciones como regente de la entidad desde su creación en 1844 y su traslado dos años después al convento de San Juan de los Reyes, lanzó una ofensiva campaña de prensa en su contra y su vicepresidente y último conservador del museo, el profesor de la Academia Militar Pedro Alcántara Berenguer, se opuso a entregárselo, pese a dárselas de “amigo” hipócritamente<sup>30</sup>. Tampoco le procuraba la mínima satisfacción su docencia en el “asnagógico establecimiento” donde daba clase: aunque motejaba esa actividad de “estúpidas ocupaciones pedagógicas” y estorbaba sin remedio su vida intelectual, hubo de ampliarla para subvenir a los apuros económicos de la familia<sup>31</sup>. Pasado el tiempo, recrearía con esperpéntico sarcasmo su experiencia en el relato



Retrato de Francisco Navarro Vargas, alcalde entre agosto de 1876 y marzo de 1877. Galería de alcaldes de Toledo. Archivo municipal de Toledo

“Hambre, guerra y peste”, acaso escrito años antes, cuyo asunto se desarrolla en un colegio “mitad claustro, mitad presidio, fundado y sostenido por la crueldad y la codicia para explotar la ignorancia de los chicos y el descuido egoísta de los padres..., [donde] se ejercía la industria de desasnar a los futuros ciudadanos”<sup>32</sup>. Por otra parte, su situación aún se degradó cuando, a principios de 1895, su tío y padrino, Francisco Navarro Vargas, aunque millonario, según su sobrino, intimó a la familia la devolución urgente, con intereses acumulados, de todas las cantidades de dinero que les había prestado<sup>33</sup>. Hubieron de entregarle en pago las fincas de Argés y él comenzó a preparar su regreso a Madrid.

Con todo y eso, la relación de Navarro Ledesma con Toledo tenía otras facetas que acercan su postura, según apuntó el periodista Adoración Gómez Camarero, a la idea de Emiliano Ramírez Ángel (1883-1928) de que “a Toledo hay que quererle a pesar de los toledanos”<sup>34</sup>. Aparecen en múltiples pasajes de su correspondencia con

Ganivet, Galdós y el diplomático José Cubas, su cuñado, donde se pone de relieve no solo su arraigado apego a la familia, que le llevó a echarse a las espaldas la búsqueda de soluciones a sus graves problemas económicos, sino también su delicada sensibilidad estética y su profundo amor por el arte<sup>35</sup>. En efecto, aunque las serias limitaciones de la vida provinciana y las graves dificultades familiares le decidieron a escapar de su calamitoso encierro para instalarse definitivamente en Madrid, en principio bien gracias a un nuevo traslado como archivero, que no tardó en conseguir por permuta al ministerio de Hacienda, bien por encontrar hueco como redactor en algún periódico, que logró desde finales de 1895, en ningún momento había dejado de manifestarse admirado por la riqueza artística y monumental de la población y por la austera belleza de su paisaje y de procurar darlas a conocer en la medida de sus posibilidades, la mayor parte de las veces poniéndolas en contraste con la mezquindad y vacío cultural de sus paisanos. Lo mismo seguiría haciendo posteriormente en más de un artículo periodístico y en su obra literaria.



Fondos del Museo provincial de Toledo en la sacristía del convento de San Juan de los Reyes a fines del siglo XIX. Fotografía de Alexander Lamont Henderson (ca. 1900). Colección de F. C. Guilmant. Blog *Toledo olvidado*

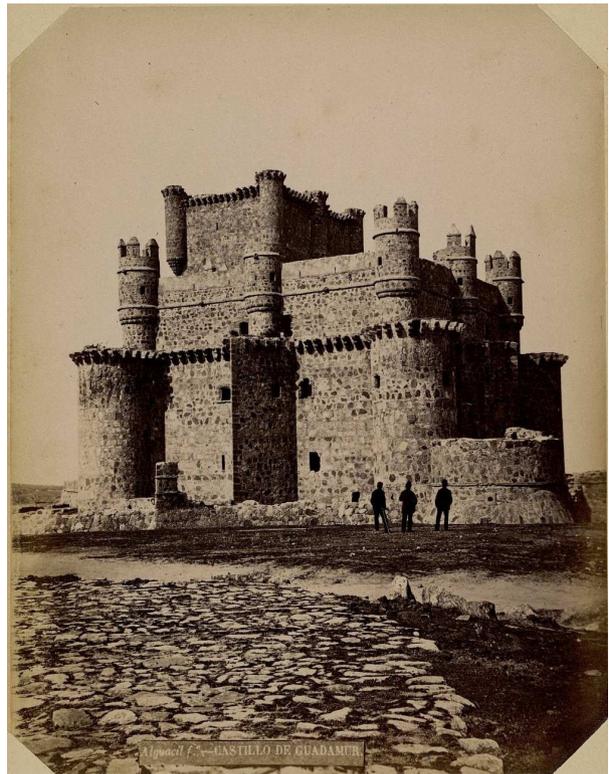
Había ya dado muestra de ello como director del Museo Arqueológico. Al tomar posesión de su cargo, hubo de hacer frente a la situación en que la Comisión de Monumentos había dejado sus fondos, según él, “en el mayor abandono”<sup>36</sup>, pese a que decía haberse ocupado de ellos. Fue el primero en intentar una ordenación racional de lo acumulado hasta entonces y realizó estudios de alguno de los cuadros conservados, si bien no debió de ser mucho lo conseguido durante su gestión ni seguramente hubiera podido serlo, teniendo en cuenta el desorden y descuido en que lo almacenado aparecía, según evidencian fotografías de la época, a finales del siglo XIX o principios del XX y las graves limitaciones del espacio reservado para el museo en el convento de San Juan de los Reyes, entonces aún en restauración<sup>37</sup>. Fuera como fuese, el puesto le permitió deleitarse contemplando de cerca las obras maestras de pintura y escultura puestas bajo su cuidado, y en particular las del Greco, por cuyos retratos había manifestado predilección desde 1892<sup>38</sup>. Estando a cargo del museo, publicaría uno de sus primeros artículos en la prensa nacional, en el que se hace eco, tras enfatizar su “amor a la pintura española y al Greco”, de los esfuerzos de los pintores Martín Rico, Aureliano de Beruete y Pedro de



Maurice Barrès en la época durante la que visitó Toledo acompañado de Navarro Ledesma. Óleo de Jacques-Emile Blanche (1895). Bibliothèque Nationale de France

Madrazo por realzar la figura del cretense y muestra un conocimiento exhaustivo de cuanta información había sobre él y de cuantas obras suyas existían en Toledo, lamentando dejar constancia de que “muchas de ellas yacen desperdigadas y cubiertas de polvo y pátina en sitios casi inaccesibles”, en poder “de comunidades tan piadosas como exhaustas de conocimientos artísticos o de cofradías nada inteligentes” y al alcance de algún “avisado marchante madrileño”. Resaltaba, al tiempo, la “curiosidad creciente en los muchos extranjeros que visitan Toledo por conocer las obras del Greco”<sup>39</sup>, a los que solía acompañar, como al francés Maurice Barrès “durante cuatro tardes por todos los rincones y pasadizos de esta M. N., M. L. e I. ciudad”, cuenta con patente ironía, en mayo de 1895<sup>40</sup>.

Despertaba su interés, por otra parte, cuanto constituía el patrimonio artístico toledano. Así, por ejemplo, al poco de instalarse en Toledo visitaba el castillo de Guadamur, restaurado por su nuevo propietario, el conde de Asalto, Carlos Morenés, bajo asesoramiento de su yerno, el toledano Jerónimo López de Ayala, conde de Cedillo, e instaba a Pérez Galdós a ir a verlo, seguro de que le



Exterior del castillo de Guadamur antes de su restauración. Fotografía de Casiano Alguacil (ca. 1885). Archivo Municipal de Toledo



El Greco. *Entierro del conde de Orgaz*. Detalle



Sepulcro del arzobispo Gil de Albornoz en la capilla de San Ildefonso de la catedral de Toledo. Fotografía de Casiano Alguacil. Archivo Municipal de Toledo

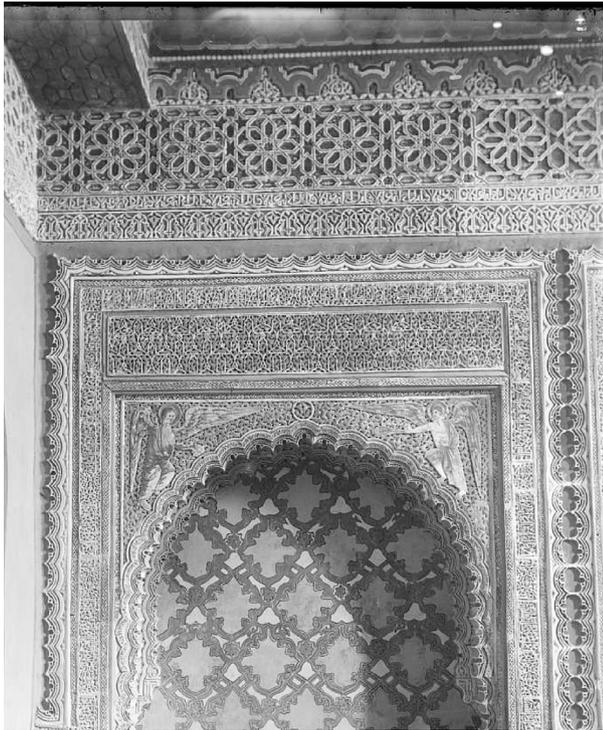
gustaría mucho<sup>41</sup>. Expresará igualmente la satisfacción intelectual de poder contemplar “en sus sepulcros a Don Gonzalo Ruiz de Toledo o a Don Álvaro de Luna o a Don Gil de Albornoz o a la Malograda”<sup>42</sup>. Acerca así en su imaginación la pintura de El Greco conservada en la iglesia parroquial de Santo Tomé y exquisitos monumentos funerarios ubicados en capillas diferentes de la Catedral, el del condestable de Castilla y el del cardenal Albornoz, y el de doña María de Orozco, en el convento de San Pedro Mártir y, de tal modo, pone de relieve su apego a la extraordinaria variedad y riqueza del patrimonio artístico conservado en Toledo. Su gusto y el de los visitantes forasteros por las joyas del arte que distinguían a Toledo contrastaba muy lamentablemente, a su juicio, con la incuria y falta de sensibilidad estética



Capilla de Santiago de la catedral de Toledo con los sepulcros del condestable Álvaro de Luna y de Juana Pimentel, su esposa. Fotografía de Abelardo Linares. Colección de Antonio Pareja. Archivo Municipal de Toledo



Sepulcro de doña María de Orozco, la Malograda, en la iglesia del antiguo convento de san Pedro Mártir. Fotografía: Universidad de Castilla la Mancha



Toledo, iglesia de San Justo. Capilla del Corpus Christi. Fotografía de Casiano Alguacil (ca. 1900). Archivo Municipal de Toledo

de sus paisanos, capaces de destrozarse “abominablemente” toda riqueza bajo la influencia de la gente que él decía detestar “más personalmente, es decir, la de sotana”<sup>43</sup>, lo que Galdós llamaba “el mucho cleriguicio” imperante en la ciudad<sup>44</sup>, como veía que estaba ocurriendo en “una habitación con cuatro arcos árabes y un precioso artesonado” recién descubiertos en la capilla del Corpus Christi de la iglesia de San Justo<sup>45</sup>. Meses después de instalarse en Toledo pensaba que “no existe un solo artista en la población más artística de España”<sup>46</sup>, si bien su estancia le permitiría matizar el juicio negativo al tomar contacto con los círculos artísticos de la ciudad. No duda entonces en elogiar las obras que Ricardo Arredondo, José Muriel, Matías Moreno y la hija de éste, María Moreno Martín, prematuramente fallecida en 1893, enviaron a la Exposición de Bellas Artes de 1892<sup>47</sup>.

Su relación con los toledanos, por otra parte, no acabó con su marcha a Madrid. Por un lado, su cercanía al conde de Romanones, ministro de Instrucción Pública

entre 1901 y 1902, de quien era asesor, fue determinante para que este decidiera la puesta en funcionamiento de la Escuela de Industrias Artísticas, pendiente desde su aprobación en 1881. Por otro, el constante mantenimiento de los contactos mutuos y su permanente atención a la vida urbana le llevó, diez años después, a intentar ser presentado como candidato a diputado por Toledo en las elecciones al Congreso de septiembre de 1905. Pensaba contar “en Toledo, con los votos de los republicanos”, todos los cuales eran amigos suyos, según decía de Perfecto Díaz Alonso, Luis de Hoyos y Julián Besteiro; “en los pueblos, con el auxilio entusiasta” de Gumersindo Díaz Cordovés”, también amigo suyo particular; y con los de “los canalejistas y moretistas, todos parientes o amigos” suyos. Añadía, además, “las simpatías personales que yo tenga en la capital y en los pueblos, donde me conocen desde niño”<sup>48</sup>. Hubo de renunciar, sin embargo, a su pretensión tras decidir los republicanos presentar a Perfecto Díaz como candidato; él no convenció a Sergio Novales, propietario de la finca La Olivilla y anterior diputado liberal, para que optara por presentarse en Burgos, de donde era oriundo; y, en fin, al no obtener el favor de los dirigentes nacionales del partido, con el que en principio creía contar.

El fracaso de lo que calificó de “estúpida intención política”<sup>49</sup> no condicionó en absoluto su trayectoria ulterior, colmada de proyectos. Su retirada forzosa, muy sentida por “sus numerosos amigos y admiradores”, según el periódico republicano *La Idea*<sup>50</sup>, fue, empero, motivo de polémica. En Madrid se interpretó, con indignada amargura, como prueba de que ni en España ni en su tierra de origen se otorgaba “el menor respeto” a los hombres que, como Navarro Ledesma, se habían ilustrado por su trabajo y su lucha<sup>51</sup>. Para los republicanos, el tono estaba “muy en su punto”, pero creían que no había que culpar del rechazo a Toledo, sino “a ese caciquismo sórdido que dispone del distrito de Toledo como de un mero distrito rural”. Navarro Ledesma, “era mucho candidato para ellos y para sus fines” por su honradez y su sincero patriotismo. Los conservadores, a su vez, consideraban que se fustigaba sin razón y “con notoria injusticia” a Toledo, pero denunciaban que la retirada de la candidatura de Navarro era más bien consecuencia de los ocultos politiqueros del mismo partido liberal dentro y fuera de la población<sup>52</sup>.

#### 4. EN MADRID: PERIODISMO Y LITERATURA

Otro fue el caso de su producción periodística y literaria, base fundamental de su indudable prestigio. El adquirido localmente durante su juventud toledana venía de su pertenencia a las influyentes familias de los Navarro y los Ledesma, y de los escasos logros alcanzados con su semanario *El Heraldo Toledano*. Con ese bagaje y de no haber marchado a la capital para entrar de lleno en el periodismo y llevar a cabo su obra literaria, hubiera sido uno de tantos artistas y escritores de interés puramente provinciano y pronto caído en el olvido. Únicamente cuando regresó a Madrid, pudo escribir las páginas sobre Toledo que justifican el juicio de Félix Urabayen de que “lo canta con el temblor voluptuoso de nuestros más altos poetas”, basado en pasajes de *El ingenioso hidalgo Miguel de Cervantes Saavedra*, su obra principal, editada en 1905<sup>53</sup>. El crítico e historiador de arte toledano Ángel Vegue Goldoni (1877-1939), además de evocar las “bellas palabras” de ese libro, puso a su muerte también de relieve que “muchos de sus cuentos en *El Imparcial*. muchos de sus artículos en el *Blanco y Negro*” versaban sobre Toledo<sup>54</sup>.

Durante los cinco años de su residencia en la ciudad, atento sobre todo a la correspondencia mantenida con Ángel Ganivet, que él llamaba, con pedantería juvenil, “Causeries”, es decir, “Charlas”, no dejó de escribir poemas y cuentos, pero poco fue lo que publicó, aparte de lo escrito para *El Heraldo Toledano*, redactado casi todo por él mismo. Sus primeras obras aparecieron en Madrid destinadas a su labor docente en el Instituto San Isidro<sup>55</sup>, tras obtener por oposición en 1898 la cátedra de Retórica y Poética del centro y, en consecuencia, cesar como archivero, pero gracias a desplegar una extraordinaria fuerza de voluntad, pudo compaginar la dedicación a sus clases con el trabajo periodístico que ocupó la mayor parte de su actividad. El enorme esfuerzo que ello le suponía acabaría por cobrar un alto precio a su salud, hasta el punto de que el agotamiento físico le obligó a interrumpir toda actividad durante varios meses durante 1899.

Desde antes de instalarse en la capital, centró sus esfuerzos en abrirse camino en la prensa. Residiendo aún en Toledo, puso en marcha, junto a los redactores de *Blanco y Negro* Luis Royo Villanueva (1867-1900) y José de Roure Mesquíriz (1864-1909) y “para burlarnos un poco de la vida”<sup>56</sup>, el semanario satírico *Gedeón*, cuyo primer número salió el 14 de noviembre de 1895. En el

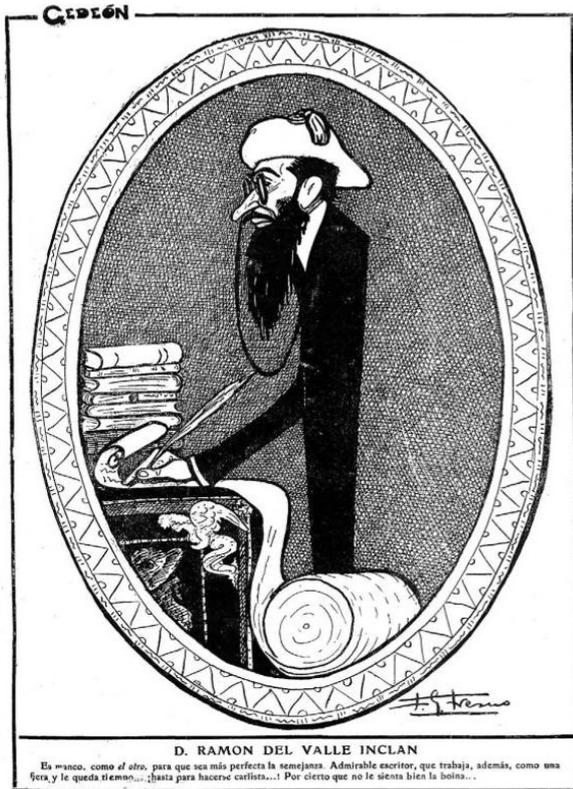


Madrid, fachada del Instituto de San Isidro en 1899, un año después de que Navarro Ledesma ganase la cátedra de Retórica y Poética



Redacción de *Gedeón*. Navarro Ledesma aparece, con una perra sobre otra, al extremo izquierdo; sentado al lado opuesto, con sombrero en la cabeza, José de Roure. Fotografía de Franzen. *Blanco y Negro*, 12 de septiembre de 1896

periódico participó toda su vida con comentarios jocosos y poemas burlescos de contenido político, además de redactar el “Nuevo diccionario de la Real Academia Gedeónica” y de encargarse de la crítica literaria en secciones como “El papel vale más” y “Batir de alas”. De-



Caricatura de Valle-Inclán por Fernando Gómez Fresno. *Gedeón*, 20 de marzo de 1910

fendía en ellas la obra de los jóvenes autores, aunque sin aceptar el simbolismo modernista, lo que le llevó a un áspero enfrentamiento con Valle Inclán en 1903<sup>57</sup>, mientras se permitía tomar en solfa, con atrevido descaro, a escritores consagrados como Pereda, Pardo Bazán o Leopoldo Alas. Clarín, que ejercía de incontestable pontífice literario y no estaba para bromas, se lanzó a por el “ignorantuelo... payaso fúnebre”, “tonto y loco” y “majadero” que osaba cuestionarlo, exigiendo incluso, en carta abierta al director de *La Revista Moderna*, su despido como director literario y articulista de la misma<sup>58</sup>. Los ataques indujeron a Navarro a abofetear al autor de *La regenta* en el Ateneo madrileño, lo que pudo terminar en un duelo de no haberse apresurado a presentarle disculpas y a poner fin a la agria polémica.

El éxito de la culta “coña universal” ventilada por *Gedeón*, que llegó a alcanzar una tirada de 50.000 ejemplares, aunque se anunciara como “el periódico de

À LA PUERTA DEL ATENEO



Versión humorística del encontronazo de Navarro Ledesma con Clarín y de su solución por Pedro de Rojas. Revista *Juan Rana*, 12 de noviembre de 1897

menos circulación de España”, trajo consigo el que un semanario monárquico, *El Cardo*, se fijase en él para escribir crónica de espectáculos, pero no le hizo renunciar, necesitado de ganar dinero, a la pretensión de ser contratado por periódicos de difusión nacional, manifestada desde antes de marchar de Toledo. Gracias al conde de Romanones, que acababa de adquirir *El Globo*, donde el escritor toledano venía publicando algún artículo de crítica literaria y cuya dirección confió a José Francos Rodríguez, fue admitido en el periódico para hacerse cargo de comentarios políticos, literarios y sociales con el estilo jocosero de lo que hacía en el diccionario grotesco de *Gedeón* y de la crítica artística y teatral<sup>59</sup>, si bien la libertad de que disponía le permitió abordar con



Redacción de *El Globo*. De pie y apoyadas las manos sobre la mesa izquierda, Navarro Ledesma. Fotografía de Franzen. *Blanco y Negro*, 2 de octubre de 1896

mayor seriedad temas de actualidad. Fue su labor en *El Globo* lo que motivó a Azorín para considerarlo, aunque luego olvidara lo dicho, uno de sus compañeros generacionales<sup>60</sup>. Por otra parte, por amistad con los hermanos Félix y Silverio de la Torre fue contratado desde marzo de 1896 como redactor, y luego director literario, de sus revistas *Apuntes* y *La Revista Moderna*, que la sucedió. En ellas se ocupó de la sección bibliográfica y de la actualidad teatral, además de redactar entre 1896 y 1898 unas “Notas de la guerra” en las que se hizo eco, con gran repercusión, del conflicto bélico presente en Cuba y Filipinas.

Más esfuerzo le costó entrar en *El Imparcial*, pese al apoyo que buscó y obtuvo de Pérez Galdós y del médico y publicista Manuel Tolosa Latour, que se referían a él con el afectuoso apelativo de “Navarrito”<sup>61</sup>. Gracias a ellos, José Ortega Munilla, director de la página de los lunes abierta a la creación literaria, le publicó a fines de 1895 un cuento, seguramente escrito en Toledo, pero hubo de esperar a 1898 para regularizar su presencia en el periódico. En él acabó publicando buena parte de sus cuentos, parte fundamental de su obra literaria, y dio a luz la biografía de Cervantes, su creación más importante, entre abril y mayo de 1905. Otro tanto se puede decir de su entrada como redactor en *Blanco y Negro*, solo después de que la revista le premiara el relato “Raza de héroes”<sup>62</sup> en 1901 y para cubrir la vacante dejada por la muerte de Luis Royo, cuyo puesto de jefe de redacción pasaría a Roure y a él mismo un año después. Allí siguió publicando cuentos, poemas, crónicas de actualidad y crítica de arte y literatura. Cuando Torcuato Luca de Tena, propietario de la revista, hizo aparecer como semanario el periódico *ABC*, le incorporó a la redacción desde el primer número y en él, convertido en diario a partir de junio de 1905, escribirá un artículo de fondo cada día. A esas alturas, reconocido ya como maestro de las jóvenes generaciones intelectuales, pero insatisfecho con una ocupación que contribuía al “achicamiento y acaso a la destrucción del yo mismo que me cupo en suerte”<sup>63</sup>, concentraba en esos dos medios su trabajo periodístico y comenzaba a orientar sus esfuerzos hacia proyectos más personales. A principios de año hizo con su cuñado José Cubas una traducción del *Otelo* de Shakespeare, representada con éxito el 18 de febrero en el teatro de la Princesa, y a mediados de año publicaba su biografía de Cervantes. Quedaron en ciernes a su muerte proyectos como, entre otros, un curso



Portada de la primera edición de *El ingenioso hidalgo Miguel de Cervantes Saavedra*, de Francisco Navarro Ledesma (1905)

de literatura de la Edad Media, para cuya preparación emprendió viaje por tierras castellanas, una historia de la literatura femenina española “para sacar de su error a las gentes creídas de que en España las mujeres no han hecho más que rezar y multiplicarse” y una biografía de Lope de Vega<sup>64</sup>.

Su fallecimiento dio lugar en Madrid a una enorme manifestación de duelo, al que se sumó incluso el rey Alfonso XIII, que remitió un telegrama de pésame a la familia. El cadáver fue trasladado al Ateneo, en cuyo salón de actos fue instalada la capilla ardiente hasta el momento de su entierro, durante el que se le rindieron honores reservados al alcalde. El féretro recorrió las calles de la capital hasta el cementerio seguido por repre-



Maqueta del monumento en honor de Navarro Ledesma original de Cristino Soravilla. *Toledo. Revista de Arte*, diciembre de 1925

sentantes de la ciencia, el arte, la literatura, la prensa y la política, incluyendo varios ministros. Unos meses después de su defunción, uno de los críticos literarios más respetados, Andrés González Blanco, unía su nombre al de José Martínez Ruiz, Miguel de Unamuno y Juan Ramón Jiménez en un volumen dedicado a la obra de los escritores nuevos más relevantes del momento<sup>65</sup>, aunque él nunca se preocupó de reunir en volumen sus artículos, que juzgaba sin interés literario, y solo una pequeña selección de su obra narrativa se editó después de fallecer<sup>66</sup>, pero no sus poemas

Por lo que respecta a su patria chica, de donde acudieron al entierro sus primos Gabriel, representante también de la Diputación y de la Sociedad Defensora de los Intereses de Toledo, y Félix Ledesma, igualmente en

nombre del municipio junto al también concejal Luis de Hoyos, las controversias en torno a la figura de quien había dicho de la ciudad que era uno de “los nobles almarios de la patria”<sup>67</sup> no tardaron en aparecer. Antes de que acabase el mes de septiembre, el Ayuntamiento aprobó una moción, con escándalo de los carlistas, que le tildaban de “anticlerical furibundo”, “enemigo descarado de la religión” o “clerófobo sistemático” y “literato calenturiento” e “impío”<sup>68</sup> para poner su nombre a una calle. Hubo de pasar un año, durante el cual no hubo modo de celebrar ni siquiera el sencillo y tardío homenaje reclamado por los ciudadanos, y sucederse innumerables discusiones, alimentadas por las protestas conservadoras, para que su nombre sustituyera al de Nuncio Viejo, si bien la antigua denominación sería recuperada unos años después para la mayor parte de la calle y otros proyectos, como el de erigir un monumento en su honor, que en 1915 se ofreció a realizar el escultor Julio Antonio (1889-1919) y para el que Cristino Soravilla (1900-1968), alumno de la Escuela de Industrias Artísticas, llegó a realizar una maqueta en 1921, quedaron en nada por falta de apoyo institucional<sup>69</sup>.

Pero hora es ya de dar a conocer, como sugería Ángel Vegue que interesaba hacerse, al menos una mínima muestra de poemas, artículos y cuentos originales de Navarro Ledesma nunca recogidos en volumen.

### 1. Consummatum<sup>70</sup>

Miraba, en lo alto de la Cruz clavado,  
la tierra que a sus pies se estremecía  
y el grito de dolor y el de alegría  
mezclábanse en su oído desmayado.  
Con sus vidriosos ojos, apagado  
el color de las cosas percibía;  
ya exhausto de dolor, solo sentía  
la sangre coagularse en el costado.  
La débil luz que su razón alumbra  
mostróle entonces, en visión medrosa,  
del mundo y de los hombres la torpeza;  
y hundiéndose por siempre en la penumbra,  
con sonrisa forzada y angustiosa  
reclinó sobre el pecho la cabeza.

## 2. La tarasca<sup>71</sup>

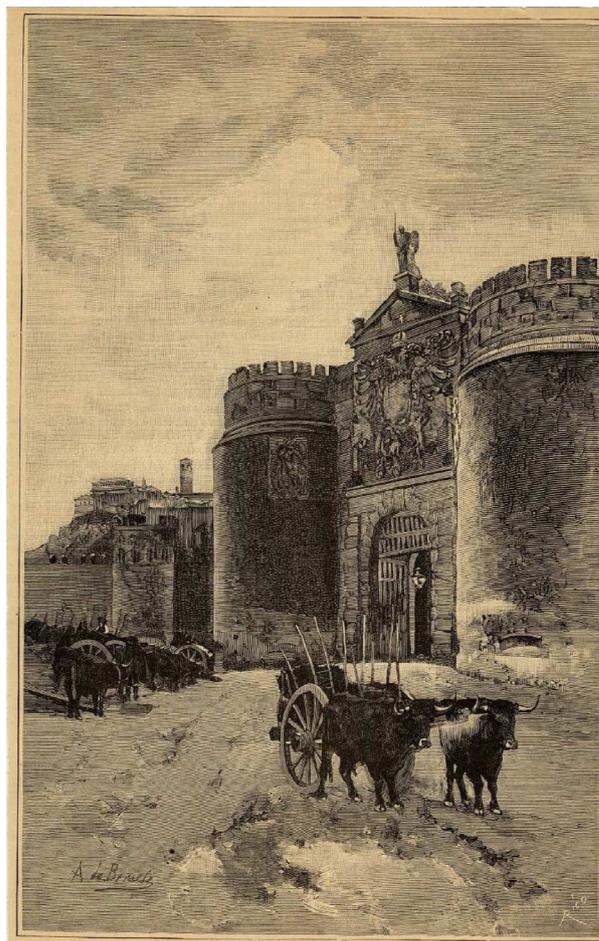
Imagen fiera del *que todo añasca*,  
regocijo de gente villanesca,  
con cuerpo horrible y con testuz grotesca  
va, en pos de los gigantes, la Tarasca.  
La ven los chicos con terror y basca,  
las mozas con sonrisa picaresca;  
sigue al monstruo la turba rufianesca,  
gente que el día finará en la tasca.  
Cabalga el Serpentón, figura tosca,  
de gajo traje, de expresión arisca,  
de enano cuerpo y cabellera fosca,  
y al verla el pueblo, de placer se arrisca...  
¡Pueblo dichoso el que, al menguar la rosca,  
detrás de *Anabolena* baila y trisca!

## 3. Cake walk<sup>72</sup>

El cake walk (pronúnciese  
si se quiere “keik wolk”)  
es invención ridícula,  
mas con esta invención  
pollos elegantísimos  
dan solemne mentís  
a la doctrina errónea  
del amigo Darwin.  
De los antropopitecos  
no descendemos, no,  
sino ellos de nosotros.  
Lo demuestra el “keik wolk”.

## 4. La puerta de Visagra en Toledo. Cuadro de D. Aureliano de Beruete<sup>73</sup>

Para los socios del Ateneo de Madrid, este precioso cuadro, que adorna la pared de la *cacharrería*, tiene carácter de cuadro de familia, calor de intimidad, extraña y oculta simpatía: es ya una de las cosas que forman parte de nuestra vida habitual y en las que se detiene y complace la vista, entre discusión y discusión: es algo esencial en aquella salita tan simpática y agradable, en donde todos los días a la misma hora de la tarde se ve al insigne Echegaray reclinado en su butaca, repasando las revistas científicas



Grabado de Bernardo Rico a partir del cuadro de Aureliano de Beruete, *La puerta de Visagra* (1884)

extranjeras o conversando afablemente con cualquiera que le dirija la palabra. En dirección paralela a la pared que ocupa el cuadro, colócase D. José, de espaldas a la luz, y la muy suave y tamizada que penetra por los ventanales corresponde maravillosamente a la templada tonalidad del cuadro, cuyo ambiente y cuya luz son de ese color parde, entre amarillento y azulado, propio de Toledo.

Exagerando un poco la perspectiva y prescindiendo de algunos pormenores de mueblaje, pudiera creerse que por aquella parduzca puerta de Toledo acababa de salir el propio D. José Echegaray, envuelto en su pañosa azul (que lleva con clásica gallardía), y que por allí se había sentado para ofrecer su castizo semblante de caballero del siglo XVI a que lo contemplase y lo copiara el mismísimo Dominico Teotocópulos, *el Greco*.

La luz tiene secretos y misterios en verdad no accesibles a la común y vulgar psicología. ¿Por qué demonios aquella luz del saloncillo del Ateneo parece *luz de retrato* de la escuela española, de manera que tan bien se acomoda a la figura de Echegaray y al tono del cuadro de Beruete? ¿Qué especie de relación simpática se entabla entre estos términos que aparecen fundidos formando una sola nota y que tan bien se completan mutuamente?

Lo cierto es que la casualidad ha determinado esta relación plástica entre el autor ilustre de *La esposa del vengador*<sup>74</sup> y la fidelísima representación de la puerta de Visagra, la cual pudiera servir de fondo, con toda su pesada autoridad, propia de la época del Imperio, a cualquier escena trágica de las que Echegaray imagina con vigor de concepción calderoniana.

Aquella puerta de Toledo, cuya mole parece remedar a la del castillo de Santángelo en Roma, y en cuyo frontis se explaya con solemnísimo arranque el águila imperial más orgullosa y bella que trazó Alonso Berruguete, es una entrada verdaderamente digna de Toledo, *gloria de España y luz de sus ciudades*, como dijo el *Manco sano*.

No pasan ya bajo aquel arco, ni cruzan la espaciosa plaza de armas que le sigue cabalgatas regias, ni soberbias tropas imperiales. Con singular acierto ha colocado Beruete delante de la magnífica portada una pobrísima carreta de carbón, símbolo de las actuales negruras y de las decadencias presentes.

Por aquella puerta no menos hermosa que el Arco de Triunfo de París, hubiera podido pasar sin desdoro el zar de todas las Rusias con su deslumbrante cortejo; pero hoy, como en tiempo de la guerra de la Independencia, y según la copla,

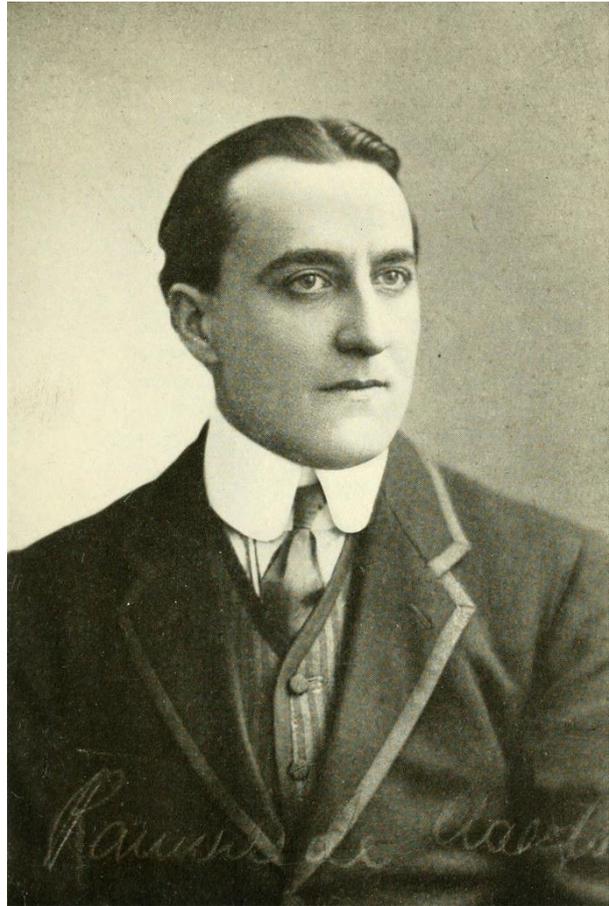
... *los rusos que vienen*

*Son carretas de carbón.*

##### 5. Letras humanas. Hacia otra España, por Ramiro de Maeztu. Madrid, Fe, 1899<sup>75</sup>

En 18 de febrero de 1742 afirmaba cierto don José del Campillo y Cossío, después de prolijos y muy acertados estudios, que en España “había de menos” las siguientes cosas, enumeradas por orden alfabético:

Agricultura, Baluartes, Comercio, Diligencia, Educación, Fábricas, Gobierno, Hospicios, Inventos, Justicia, Letrados, Maestros, Navíos, Obras públicas, Poblacio-



Retrato de Ramiro de Maeztu. Fotografía de William Whiteley (c. 1905)

nes, Quintas, Realidad, Sabios, Trigo y Virtudes.

En cambio —añadía— “hay de más” lo que sigue:

Abandono, Bastones, Contribuciones, Disposición, Frailes, Gobernadores, Indias, Jueces, Leyes, Negociantes viles, Ociosos, Privilegios, Quejas, Relajación, Soberbia, Tributos y Vicios.

A principios de este año de 1899 un joven y valiente escritor, a quien ya conocen, y de seguro estiman los lectores de *Las Noticias*, Ramiro de Maeztu, ha tenido la advertencia de repetir el balance hecho en el siglo pasado por Campillo y Cossío; y ese balance, en forma harto más artística y agradable que la empleada por el ministro de Felipe V, arroja los mismos, idénticos resultados.

Todo lo que en España faltaba en 1742, falta en 1899; todo lo que sobraba entonces, sobra hoy... me-

nos las Indias, que ya no nos sobran; ¡ay! Si no de la triste y fatal manera, como le sobra un brazo a aquel a quien se lo han cortado y, por añadidura, tiene que pagar carísima la operación.

Cuando escribió don José del Campillo su admirable estudio (cuyo extracto ha tenido el buen acuerdo de publicar en una biblioteca popularísima el señor don José del Castillo y Soriano), había desempeñado importantes cargos en la Administración civil, en la del Ejército y de la Armada, había llegado a ministro o secretario de Estado y del Despacho universal de Guerra y Marina, Indias y Hacienda y, en fin, estaba a punto de ser primer ministro del señor don Felipe V de Borbón.

Para Campillo, España y sus Indias eran algo así como una vista panorámica: mirábala desde muy alto y percibía con claridad los infinitos males y los contados y exiguos bienes de la Nación. Ramiro de Maeztu, a quien apenas he hablado un par de veces, sin la menor intimidad, no es ministro ni secretario de nada y creo que no lo será nunca. Cuando yo le conocí, venía de Cuba o de los Estados Unidos o del Paraguay o del quinto infierno. Era y es una especie de cuáquero, buen mozo, desgarrado, vestido de negro, sin pelo de barba, con mucha vivacidad en la fisonomía y en todo el cuerpo; de esos individuos que expresan sus convicciones con la cabeza, con los hombros, con el torso y hasta con la punta de las botas.

Maeztu no era ni es simpático, al modo como queremos, por lo general, que sea simpática la gente, porque los hombres somos tan vanos que si el eco pudiese tomar carne y hueso y figura de persona, el eco sería nuestro mejor amigo.

El autor de *Hacia otra España* no es eco de nadie. Por sostener y afirmar su independencia de criterio, incurre a veces en verdaderas extravagancias, lo cual no importa, pues las extravagancias de hoy, según Pero Grullo y otras respetables autoridades, son las vulgaridades de mañana y lo que en 1899 ha vuelto a parecernos bacía tal vez en 1900 y pico vuelva a antojársenos yelmo de Mambrino, y esto sucederá, sin duda, en caso de realizarse los proféticos y patrióticos ensueños de Maeztu, de cuya buena fe no tengo derecho a dudar. Digo ensueños patrióticos, no porque Ramiro de Maeztu sea un soñador, ni su libro *Hacia otra España* una serie de utopías, ni tampoco un centón o amasijo de conceptos discordes, como *El problema nacional*, del sabio catedrático y excelente novelista señor Macías Picavea<sup>76</sup>; no.

Precisamente, por lo que me parece ensueño el libro de Maeztu y la tendencia que al autor domina de que [sic] marchemos hacia otra España donde no falle ni sobre lo que faltaba y sobraba en la España de Campillo y Cossío y en la de Silvela y Polavieja<sup>77</sup>, es por lo sencillo, por lo práctico, por lo inmediatamente realizable de todo cuanto Maeztu indica y señala como arbitrio y remedio de nuestra presente y al parecer irremediable penuria.

En el libro *Hacia otra España*, ni se predica la revolución roja a lo Nakens, ni la revolución «nivea» a lo Pi y Margall, ni la revolución «aguanosa» a lo Costa, ni la revolución hortel y fabril a lo Paraíso<sup>78</sup>. Maeztu afirma, con tanta fe, si no con tanta elocuencia y con tan extraños y potentes relampagueos de genio como lo hacía el malogrado Ganivet, el principio de que «in interiore Hispaniae hábitat veritas», de que en el centro de España reside la verdad y la salvación... Maeztu, vascongado y vascófilo entusiasta, propone a sus laboriosos paisanos y a los trabajadores catalanes, que tanto odian al «centro», la venganza más útil y más sabrosa que de él pudieran tomar; nada menos que la conquista y colonización o industrialización de la meseta castellana, tan productiva, si se la sabe hacer que produzca, o más productiva tal vez que otras comarcas semejantes de Europa y América, hoy ricas y feraces, merced al trabajo inteligente.

Por mi parte, castellano me soy y, aunque me esté mal el decirlo, propietario rural y ciertamente que, dejando aparte las alharacas regionalistas de cuatro literatos cursis o de cuatro presuntos covachuelistas del regionalismo, jamás he visto con malos ojos al industrioso catalán que venía a comprarme aceite en bruto para refinarlo y sacar su ganancia, ni al vascongado que me vendía los callos para los bueyes, ni al gallego que me segaba los trigos más barato y mejor que los quijotescos y aseñorados segadores «de la tierra». ¿Cómo yo, ni nadie habríamos de oponernos ni de rechazar la conquista industrial de las Castillas, de Extremadura y de Andalucía?

Esto sería fácil, práctico y verdaderamente patriótico, pero ¿quién lo va a hacer? No lo harán los Chávarris<sup>79</sup> ni los Comillas<sup>80</sup>, caciques formidables de uno y de otro lado. No lo harán los Arana<sup>81</sup> ni los Rusiñoles<sup>82</sup>, contrafiguras, como se dice en el teatro, de aquellos José Martí<sup>83</sup> y Enrique José Varona<sup>84</sup>, a quienes los guacamayos líricos de Costa Rica y de San Salvador cargan y recargan de adjetivos coruscantes, como recargaban de cuentas de

vidrio a los ídolos de Cholula y de Papantla y de Tehuantepetl los aztecas descubiertos por Hernán Cortés...

¿Hay, como piensa Maeztu, en Vizcaya y en Cataluña, Corteses y Pizarros capaces de conquistar la meseta castellana y de sacar de entre sus duros terrones pepitas de oro? Pues vengan acá y ni ellos ni nosotros saldremos perdiendo nada.

Demasiado sabe el autor de *Hacia otra España*, y conoce todo el que piense con tanta discreción y perciba con tanta agudeza como él, que aquí, en el centro, no estamos, ni mucho menos, entusiasmados con «nuestros» oradores del 69 y que una generación o una sociedad o aunque fuese una cuadrilla de «hombres prácticos» sería recibida en Madrid con los brazos abiertos. Pero ¿dónde están esos hombres? ¿Es hombre práctico tal como los que hacen falta el señor Paraíso, el hombre de las luengas melenas y de los luenguísimos telegramas? ¿Lo es el sabio y elocuente mitógrafo señor Costa? ¿Lo es el no menos sabio ingeniero y futuro ministro Pablo de Alzola<sup>85</sup>?

De la catástrofe de España no han salido más hombres que estos, gastados ya, sin haberlos usado apenas, en unos cuantos meses; hombres honrados, de inteligencia luminosa, de gran patriotismo, sin duda, pero que no nos conducirán «hacia otra España». Con tristeza mas con seguridad puede vaticinarse esto,

De la sobredicha catástrofe no ha salido ningún libro útil, verdaderamente redentor, ni siquiera un libro práctico y sentencioso como el de Campillo y Cossío. Solo han salido unos pocos volúmenes cuya lectura convida al sueño y este otro libro de Ramiro de Maeztu: *Hacia otra España*, del cual, como obra literaria, artística, solo grandes elogios pueden y deben hacerse.

Si el autor se proponía tan solo eso, ha conseguido su propósito; si quería hacer algo más, lástima es que habremos de este libro en la sección de “Letras humanas”.

## 6. La iglesia cerrada<sup>86</sup>

Penetra el rayo de sol al través de los cristales de colores incrustados en el rosetón gótico, mancha de azul y rojo y violeta las losas de la catedral, acaricia después los jaspeados frisos, encarámase por los haces de columnas: aquí hace resaltar el dorado de una estatua olvidada en un rincón, allí anima con extrañas luces la cara marmórea del obispo tendido en su sepulcro, como quien ya nada espera sino del cielo, o el bulto brillante del señor

arrodillado ante un cojín, pidiendo a Dios perdón de sus desafueros y liviandades; sube despacio la luz policroma luchando con la traidora pátina en los ennegrecidos retablos y con la herrumbre en las repujadas rejas, toca en las hojarascas de los capiteles, coloreando con la desbocada fantasía de la naturaleza lo que en blanco trazó la imaginación no más segura, pero sí más pobre del escultor; extiéndose por las anchas bóvedas, y al caer el sol hacia la tierra, mueren sus rayos en las doradas claves, allá donde las aristas de granito se entretrejen, ligeras como cintas sujetas con broches de oro.

Al mismo tiempo que el sol, apáganse todos los ruidos en la catedral: muere la plegaria que zumbaba perezosamente en las bocas de los sacerdotes, calla el órgano, cesa el cuchicheo de las devotas. A poco, el sacristán, repicando el manajo de llaves, recorre las capillas, acompañado por el perro negro que husmea todos los rincones, escurriéndose por entre los altares, serpenteando por bajo de las sillerías, olfateando los confesionarios. De pronto lanza el aullido triste y prolongado del can que ventea la muerte. El sacristán corre lleno de zozobra hacia uno de los pilares, y allí, en un colchoncillo de cuero, descubre a un niño rígido, mal envuelto en miserables girones, por entre los que asoma la carne amoratada y yerta, las piernas y los brazos encorvados y el cuello encogido y los dedos en premiosa crispatura, como queriendo volver a la posición que antes de salir a este mundo tenía en el seno caliente de la malvada madre.

El hombre coge al niño y le palpa, el perro le olfatea, y ambos convienen en que está muerto. Poco rato les dura la emoción, si es que la sienten, pues tristes y con la cabeza baja continúan su requisa por capillas, altares y confesionarios, lo mismo que antes... No, lo mismo no, porque el hombre lleva en brazos aquel cadáver, que no pesa tanto como la llave del portón principal, prolija obra de los Villalpando.

El viento frío del anochecer penetra en el templo por hendiduras y mechinales, hace ondear los paños de banderas y pendones colgados de los muros y chisporrotear las lámparas con medroso restallido y cantar destempladamente los tubos del órgano, en donde se cuele a deshora. Con el gemido del viento se entrelazan otras cien armonías del propio silencio emanadas, el dentellear de la carcoma en los tallados sitiales, el chasquido de una tabla que cede, la fuga alocada de los ratones por entre el maderamen de los retablos...

Y el anciano sacristán, helado por el contacto del frío ambiente y del cuerpo muerto que en una mano lleva y de las férreas llaves que empuña en la otra, siente acaso por primera vez, al realizar aquel su monótono y cotidiano ministerio, un escalofrío de terror que le recorre el espinazo y allá en el pecho se le queda clavado, ahondando como una cuchillada. En un instante su limitado espíritu se ensancha, se eleva y se engrandece, y cediendo al impulso de algo antes presentido que pensado, antes adivinado que visto en su interior, deja caer al suelo las llaves, cuyo metálico golpe sobre el mármol repiten las bóvedas con estruendosa resonancia. Ignora entonces si Dios o el demonio le han inspirado la idea de que aquello que haciendo estaba es un sacrilegio, un pecado horrible, y sin dejar de los brazos el niño se arrodilla ante el más próximo altar, en el cual, sobre fondo de oro y entre nimbos estrellados, medio se divisan las cabezas de la Virgen, San José y el Niño Dios adorado por los pastores.

Perturbado como está el buen viejo no acierta a enderezar la plegaria, porque en su mente se confunden aquellas sensaciones nunca hasta entonces experimentadas, con ser cosa vista a diario, y sin saber por qué, piensa que aquel ser miserable y pequeño, arrojado a la iglesia tal vez porque estaba más cercana que cualquier estercolero, ha venido a destrozar y a echar por tierra todo un orden de cosas y de ideas consagrado por los siglos, esculpido en la piedra, pintado en la tabla, escrito en el pergamino, resonante en el órgano y en la voz, fulgurante en las pintadas vidrieras.

Sí, aquella pobre criatura muerta en el templo solitario encaja mejor allí que los pocos seres vivos que por él cruzan diariamente. En ella se reconocen y con ella se hermanan las estatuas yacentes de los obispos y los bultos orantes de los caballeros: a servirla de cuna y sepulcro parecen destinados los mil huecos vacíos y empolvados de las hornacinas viudas, de los sitiales sin ocupar, de los rotos sarcófagos.

Todo en la iglesia yace frío y muerto. El sol mismo, al huir de la tierra, ha ido buscando su refugio y su fin en la parte más alta, y no pudiendo romper las reforzadas claves, ha desaparecido con desconsoladora palidez. Las voces se han extinguido, considerando lo inútil de su empeñada canturía. El viento ha soplado con intento de congelar la sangre en las venas del único ser vivo entre aquellas grandiosidades. ¿De quién es la culpa?, piensa el buen viejo, y al pensarlo mira al llavero caído

a sus plantas y todo lo ve claro y se asusta de su oficio que entonces reputa bajo y miserable. ¡Cerrar la iglesia! ¡Impedir con cerrojos y llaves y ferrados portones la entrada en la casa de Aquel que nació a los cuatro vientos en un portal desmantelado, y que al aire libre vivió con la cabeza ante el cielo descubierta siempre, sin techo ni hogar propio y que murió desnudo y azotado por todos los huracanes del mundo! La iglesia cerrada con tan prolijo cuidado como si fuera un Banco o un almacén o depósito de dineros viles se convierte en cementerio de seres sobrantes en el mundo, en albergue de la soledad y de la tristeza, si no de algo peor. El polvo y el descuido se enseñorean de los capiteles y roen las imágenes; los animales inmundos pisotean tal vez los sagrarios. Todo se descolora, se confunde, se profana.

Y el viejo, espantado al pensar que él también ha arrimado el hombro y ha prestado el brazo a la obra de aniquilamiento y destrucción, que él también *ha cerrado la iglesia*, de la cual mucho tiempo hace huyó la multitud con el alma fría y avellanada; de la cual van huyendo asustados ante el rechinar de los cerrojos y el estrépito de las llaves y la dureza de las puertas, hasta los espíritus más fieles y encendidos; en la cual aun el rayo de sol busca su albergue y no le encuentra, al pensar esto, comprende que la humanidad ha perdido su camino, porque en él vio una barrera por la misma humanidad construida, y la saltó con ímpetu salvaje. Y entonces, anegado en lágrimas, moribundo de dolor, oscuro y frío, cae sobre el pavimento, donde rebota la frente partida que enrojece el suelo al desangrarse y en la que se empapan los harapos del niño difunto.

El perro, adivinándolo todo, se lanza a la abierta portada y aúlla, aúlla desesperadamente...



Placa de bronce en memoria de Francisco Navarro Ledesma, colocada en la fachada de su domicilio en Madrid, calle Serrano 72. Obra de Lorenzo Coullaut Valera (1906)

**NOTAS:**

- 1 Urabayen, Félix, “Cómo han visto Toledo y su paisaje algunos escritores del siglo XIX”, *Toledo. Revista de Arte*, núm. 219 (mayo 1925), pp. 1165-1166.
- 2 “Deuda sagrada. Por prestigio de la prensa”. *Toledo. Revista de Arte*, núm. 226 (1925) p. 1285.
- 3 Pérez Galdós, Benito, “Paco Navarro”. Artículo publicado inicialmente en *Los Lunes de El Imparcial*, 4 de junio de 1906, y luego en *Memoranda*. Madrid: Perlado, Páez y compañía, 1906, p. 7.
- 4 Calificativo atribuido a Francisco Navarro Ledesma por Gregorio Torres Nebrera en “Francisco Navarro Ledesma”. Véase: Real Academia de la Historia. *Diccionario Biográfico electrónico*. [En línea: <https://dbe.rah.es/biografias/6887/francisco-navarro-ledesma>].
- 5 Las adquisiciones en Argés de los hermanos Navarro, principalmente de Francisco, aparecen pormenorizadas en distintas páginas del valioso y muy completo estudio de Julio Porres Martín-Cleto, *La desamortización del siglo XIX en Toledo*, Toledo: IPIET / Diputación provincial de Toledo, 2001.
- 6 Julio Porres, en su estudio sobre la desamortización, ofrece también información sobre las adquisiciones toledanas de Manuel y Nicolás Ledesma, menos cuantiosas que las de los hermanos Navarro. Sus datos muestran el error de atribuir las adquisiciones en Argés a los primeros en exclusiva, cometido por Carmen de Zulueta en su obra, tan acertada en general, *Francisco Navarro Ledesma. El hombre y su tiempo*, Madrid: Alfaguara, 1968 (En adelante, Zulueta), pp. 22 y 102.
- 7 Milego, Saturnino, *Instituto Provincial de Toledo. Memorias del curso 1881 a 1882, 1882 a 1883 y 1883 a 1884*, Toledo: Imprenta y librería de Fando, 1883, 1884 y 1885.
- 8 El periódico *El Nuevo Ateneo*, en su edición de 15 de diciembre de 1888, publicó la noticia. Calificaba al estudiante de “aventajado joven” y extendía la felicitación “a sus cariñosos padres D. Mariano y D<sup>a</sup> Paulina”.
- 9 El novelista no guardaba recuerdo de ese primer contacto. En el artículo de 1906 arriba citado indica que su amistad comenzó con ocasión de los trabajos preparatorios de la escritura de la segunda parte de su novela *Ángel Guerra*, esto es, en enero de 1891. Más adelante, en sus *Memorias de un desmemoriado* (Madrid: Renacimiento, 1930, p. 195), dice que habría iniciado las “cordiales relaciones” mantenidas con Francisco Navarro con ocasión del estreno teatral de su obra *Realidad*, que tuvo lugar el 15 de marzo de 1892 en el Teatro de la Comedia de Madrid y que él, también equivocadamente, sitúa en el 15 de marzo de 1891 (p. 175).
- 10 El texto manuscrito de la tesis, aún inédita, se conserva dentro del expediente académico de Navarro, procedente de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Central de Madrid. (Archivo Histórico Nacional, Universidades, Legajo 6707, Expediente 10).
- 11 Toledo, 23 de mayo de 1892. En Ortega, Soledad, *Cartas a Galdós*, Madrid: Revista de Occidente, 1964 (En adelante, Ortega), p. 310. En otras ocasiones alude abatido, asimismo, al abandono de tareas de su personal interés al que se veía forzado para salir a ganarse “los garbanzos” (Carta a Ganivet de 31 de diciembre de 1891. En Zulueta, p. 51). Era, además, un recurso ineficaz para resolver su apurada situación económica, pues no sacaba sino “algunas cuantas pesetas” (Carta de Ganivet a Navarro. Amberes, 7 de febrero de 1894. En “Ángel Ganivet y Francisco Navarro Ledesma. Epistolario”, *Revista de Occidente*, 2<sup>a</sup> época, III: 33 (diciembre de 1965) pp. 285), que apenas le daban para “ir viviendo” (Correspondencia de Navarro Ledesma con Pérez Galdós. Toledo, 26 de agosto de 1895. En Ortega, p. 328.).
- 12 Carta de Francisco Navarro a Ángel Ganivet. Madrid, octubre de 1898. En “Ángel Ganivet y Francisco Navarro Ledesma. Epistolario”. *Revista de Occidente*, 2<sup>a</sup> época, III: 33 (diciembre de 1965) p. 319.
- 13 Carta de Francisco Navarro Ledesma, presidente de la Sección de Literatura del Ateneo de Madrid, al presidente del Ateneo de Barcelona. Madrid, 12 de diciembre de 1903. Archivo del Ateneo de Madrid. Unidad documental: signatura AR-3/154. [En línea: <https://archivo.ateneodemadrid.com/index.php/1903-12-12-carta-de-francisco-navarro-ledesma>].
- 14 Correspondencia con Galdós. Toledo (Santa Justa, 1), 27 de diciembre de 1891. Ortega, p. 307.
- 15 Calificativo utilizado por Navarro Ledesma en uno de sus primeros contactos epistolares con Benito Pérez Galdós. Ortega, p. 299.
- 16 Navarro Ledesma hace referencia sarcástica al hábito de su familia y de la burguesía toledana de su época de guardar dinero en “escondrijos” en carta a Galdós de 17 de enero de 1891. (Ortega, p. 300).
- 17 Correspondencia con Galdós. Toledo (Santa Justa, 1), 15 de septiembre de 1892. Ortega, p. 311.
- 18 (Correspondencia con Pérez Galdós. Toledo, 23 de mayo de 1892. Ortega, p. 310).
- 19 (Correspondencia de Navarro Ledesma con Pérez Galdós. Toledo, 3 de abril de 1895. Ortega, p. 327).
- 20 El cuento fue publicado por primera vez el 5 de diciembre de 1902 en el periódico *El Liberal*. Se volvió a publicar en el número 513 de la revista *Gedeón* (pp. 4-6) el 24 de septiembre de 1905, tras la muerte del autor. Ha sido posteriormente reeditado en la antología preparada por Mariano Martín Rodríguez de su obra narrativa. Navarro Ledesma, Francisco. *Los nidos de antaño. Ficciones*, Toledo: Ledoria, 2020, pp. 124-131.
- 21 Pérez Galdós presentó Toledo como ciudad muerta en uno de los primeros artículos sobre “Las generaciones artísticas en la ciudad de Toledo” que publicó en 1870 en la *Revista de España* (enero 1870, p. 210), reeditados por Alberto Ghirardo en la editorial

Renacimiento (Madrid, 1925, p. 37). Regoyos lo hizo, años después de su viaje, en *España negra*, Barcelona: Imprenta de Pedro Ortega, 1899, p. 72. Azorín y Pío Baroja, a su vez, expusieron visión semejante en *Diario de un enfermo*, obra publicada en 1901 (Edición de Francisco José Martín, Madrid: Biblioteca Nueva, 2000, pp. 208-217), el primero, y el segundo, en *Camino de perfección*, novela de 1902 (Madrid: Caro Reggio, 1974, p. 175), donde recrean literariamente el viaje a Toledo que ambos hicieron a fines de 1900.

22 “Me siento ordinario y mazapánico”, concluía. (Correspondencia de Navarro Ledesma con Pérez Galdós. Toledo (Santa Justa, 1), 29 de enero de 1891. Ortega, p. 305).

23 Correspondencia con Galdós. Toledo (Santa Justa, 1), 27 de diciembre de 1891. Ortega, pp. 306-307.

24 Carta a Ángel Ganivet. Toledo, 27 de noviembre de 1892. Zulueta, p. 48.

25 Correspondencia con Ganivet. Toledo, 31 de diciembre de 1891. Zulueta, pp. 51-52.

26 Correspondencia con Galdós. S/C, Santa Justa, 1, 2 de diciembre de 1894. Ortega, pp. 315-316.

27 El periodista Rómulo Muro, con quien trabó amistad y colaboró en el periódico *La Campana Gorda* durante su estancia en Toledo, dice en la semblanza que de él hace que “todo el tiempo se lo pasa / en su casa y de lectura, / pues le da la chifladura / por salir poco de casa. / Tiene a lo *extranjis* pasión / y es un gusto extraordinario / ser tan poco partidario / a lo de nuestra nación”. Muro, Rómulo. *Albaricoques de Toledo. Colección de semblanzas instantáneas*, Toledo: Imprenta de Menor Hermanos, 1893, p. 32.

28 *La Región*, martes 12 de octubre de 1915, p. 1.

29 Toledo (Santa Justa, 1), 30 de enero de 1893. Ortega, pp. 312-313.

30 Navarro Ledesma da cuenta del desarrollo de los incidentes a Ángel Ganivet en cartas de enero y junio de 1893, donde presenta a Berenguer como un “hombre finchado y presuntuoso, más tonto que un pato y más envidioso que un capigallo”. Solo pudo hacerse cargo del museo “después de haber recurrido en apelación y de haber puesto en movimiento a todos los caciques de la cuenca del Tajo y a dos o tres consejeros responsables” (Zulueta, pp. 45-46). La versión de la institución toledana está recogida en García Martín, Francisco. *La comisión de monumentos de Toledo (1875-1931)*, Toledo: Ledoria, 2010, pp. 130-133.

31 Se trataba del Colegio Nuestra Señora del Carmen, inaugurado en 1882 y dirigido por su propietario, Donato Sotés Iribarren. Estaba incorporado al Instituto provincial y disponía de dos locales, en la calle Sillería número 3 y en el número 2 de la entonces llamada del Correo, que cambió su nombre por el de Núñez de Arce en 1894, residiendo aún en Toledo Navarro Ledesma. Este emplea el denigrante calificativo con el que lo nombra en carta a su cuñado José de Cubas de 23 de noviembre de 1894 (Zulueta, p. 53). La descalificación de su labor docente, en carta a Galdós de 20 de febrero de 1894 (Ortega, p. 314).

32 *El Imparcial*, 30 (p. 2) y 31 de enero (p. 3) de 1904.

33 Navarro Ledesma, indignado por el proceder de su tío, llega a calificarle de “ladrón” y a compararlo con el usurero Torquemada de Pérez Galdós en cartas a José Cubas de 7 de abril y de 4 de mayo de 1895. Zulueta, p. 109.

34 Gómez Camarero, Adoración. “«La casa toledana», de D. Guillermo Téllez”. *Ayer y hoy*, III: 21 (1951) p. 8.

35 “Dos cosas hay que nos redimen. Una, el amor a la familia. Otra, el amor al arte”, escribe en carta a Ángel Ganivet el 31 de agosto de 1891 desde Toledo. Zulueta, p. 53.

36 Así lo afirma en la nota que publicó en *El Imparcial* del 4 de febrero de 1893 (p. 3) en contestación a la aparecida sin firma el 31 de enero anterior en el mismo periódico (p. 2), donde se atacaba la “descabellada disposición” ministerial de poner el museo bajo la dirección del Cuerpo de archiveros.

37 Los criterios utilizados por él en la ordenación de los fondos aparecen en la Memoria que dirigió al Ministerio de Fomento el 25 de julio de 1893 (Citada por Manuel Jorge de Aragonese, *Museo Arqueológico de Toledo*, Madrid: Publicaciones de la Dirección General de Bellas Artes, 1958, p. 18). A su vez, uno de los estudios que redactó, sobre el cuadro de José Ribera *La Sagrada Familia* (1639) conservado en el museo, fue publicado en *Toledo. Revista de Arte* en octubre de 1922 (pp. 487-488). En cuanto al estado en que se encontraban los fondos del museo en su época, se aprecia en fotografías de circa 1900 realizadas por un fotógrafo desconocido (Archivo Municipal de Toledo. Fondo Luis Alba. Signatura Alba-VEPA-403) y Alexander Lamont Henderson (Sánchez Butragueño, Eduardo, Blog *Toledo olvidado*, 16 de enero de 2010).

38 En carta a Galdós de 15 de septiembre de 1892 había calificado de obras que “tiran para atrás” los retratos originales de El Greco enviados desde Toledo a la Exposición Histórico-Europea en conmemoración del IV centenario del descubrimiento de América organizada en Madrid. Ortega, p. 306.

39 “El Greco en Toledo”, *La Ilustración Nacional*, 30 de diciembre de 1894, pp. 536-537. Artículo escrito en elogio de las opiniones sobre el Greco expuestas por Martín Rico el 30 de noviembre en *El Liberal* y añadiendo “algunas observaciones” y datos a lo dicho por el paisajista madrileño.

40 La mención irónica a Toledo recoge los calificativos de “muy noble, muy leal e imperial” que se otorgaba a la ciudad. (Carta a José Cubas de 4 de junio de 1895. Zulueta, p. 46). El escritor y político Maurice Barrès (1862-1923) había visitado ya Toledo en 1892 y 1893. Más tarde, en 1912, publicó *Greco ou le secret de Tolède*, obra avanzada en periódicos y revistas en 1909, traducida al español dos años después por Alberto Insúa y de enorme influjo sobre la construcción simbólica de la imagen de la ciudad.

- 41 Toledo, carta a Galdós de 23 de mayo de 1892. Le insistiría sobre su interés en carta de 20 de febrero de 1894. Ortega, pp. 305 y 315.
- 42 Correspondencia de Navarro Ledesma con Pérez Galdós. Toledo, carta de 10 de enero de 1895. Ortega, p. 320.
- 43 Carta a José Cubas de 2 de diciembre de 1893. Zulueta, p. 106.
- 44 Pérez Galdós, Benito, *Ángel Guerra*, Primera parte, cap. VI, 6, Madrid: Administración de La Guirnalda, 1891, p. 314. El novelista emplea el término despectivo en otras muchas ocasiones, como en *Torquemada en la hoguera* (Madrid: Administración de La Guirnalda, 1889, cap. III, p. 31), *Torquemada y San Pedro* (Madrid: Administración de La Guirnalda, 1895, segunda parte, cap. VII, p. 182 y tercera parte, cap. III, p. 240), *Nazarín* (1895. Madrid: Librería de los sucesores de Hernando, 1907, primera parte, cap. V, p. 42) o en el prólogo a su drama *Alma y vida* (Madrid: Obras de Pérez Galdós, 1902, p. XXVI).
- 45 Correspondencia de Navarro Ledesma con Pérez Galdós. Toledo, carta de 15 de septiembre de 1892. Ortega, p. 311.
- 46 Carta a Ángel Ganivet, Argés, 3 de agosto de 1891. Zulueta, p. 50.
- 47 Correspondencia de Navarro Ledesma con Pérez Galdós. Toledo, carta de 15 de septiembre de 1892. Ortega, p. 311. El *Catálogo de la exposición internacional de Bellas Artes* de ese año (Madrid: Establecimiento tipográfico de R. Álvarez, 1892, pp. 128-129) evidencia la necesidad de atribuir al granadino José Muriel Alcalá, nombrado en 1888 conservador de los fondos artísticos destinados a la futura Escuela de Industrias Artísticas y creador en 1890 de las pinturas murales de la iglesia del Real Colegio de Doncellas Nobles, los cuadros que Soledad Ortega señala erróneamente obra de Luis Muriel López, pintor sin relación alguna con Toledo. En cuanto a los cuadros presentados por María Moreno en la exposición, aparecen en el Catálogo, por imperativos de época, como obra de su padre (Aguado Gómez, María Rosalina, *Matías Moreno*, Toledo: Ayuntamiento, Concejalía de Cultura, 1988, p. 71).
- 48 Correspondencia de Navarro Ledesma con Pérez Galdós. Madrid, 13 de julio de 1905. Ortega, p. 351.
- 49 Correspondencia con Pérez Galdós. s.l., 20 de agosto de 1905. Ortega, p. 352.
- 50 *La Idea*, sábado 19 de agosto de 1905, p. 2.
- 51 *El Imparcial*, jueves 21 de septiembre de 1905, p. 2.
- 52 La primera reacción, en *La Idea*, sábado 23 de septiembre, p. 1; la segunda, en *El Castellano*, jueves 28 de septiembre, p. 1.
- 53 Urabayen, Félix, “Cómo han visto Toledo y su paisaje algunos escritores del siglo XIX”, *Toledo. Revista de Arte*, núm. 219 (mayo 1925) p. 1165.
- 54 En *La Idea*, sábado 23 de septiembre, p. 1
- 55 Publicó entre 1898 y 1902 no menos de siete volúmenes de gramática, preceptiva e historia literaria y una extraordinaria antología de textos, que fue enriqueciendo en sucesivas ediciones al hilo de sus múltiples lecturas, destinados a sus alumnos, además de, en 1904, el *Epistolario* de Ángel Ganivet y una conferencia sobre Eusebio Blasco, escritor fallecido el año anterior, que lo había introducido en la revista *Vida Nueva* en 1899.
- 56 Así lo afirmó José Roure con ocasión del fallecimiento, también prematuro, de Luis Royo. José de Roure, “In memoriam”, *Blanco y Negro*, 10 de febrero de 1900, p. 3.
- 57 La discrepancia no quedó exenta de ataques personales mutuos publicados tanto en *Gedeón* (3, 10 y 22 de abril) como en *El Globo* (2, 6, 13 y 14 de abril), periódico donde ambos colaboraban.
- 58 Los calificativos insultantes de Clarín en *Madrid Cómico*, 1 de mayo (p. 147), donde reclama su despido, y 28 de agosto (p. 283) de 1897.
- 59 La expresión utilizada para presentar *Gedeón* como desconsiderada fábrica de bromas y la noticia de los encargos recibidos y de su relación con lo que hacía en el semanario satírico, en carta a Ganivet de 29 de enero de 1896. Ganivet, Ángel y Navarro Ledesma, Francisco. “Epistolario”. En *Revista de Occidente*. 2ª época, año III, diciembre 1965, p. 298.
- 60 Azorín, “Pío Baroja y su última novela”, *Alma española*, 27 de diciembre de 1903, p. 9. Artículo reproducido en *Los clásicos redivivos. Los clásicos futuros* (Madrid: Espasa Calpe, 1945).
- 61 Schmidt, Ruth, *Cartas entre dos amigos del teatro: Manuel Tolosa Latour y Benito Pérez Galdós*, Las Palmas: Ediciones del Excmo. Gran Cabildo Insular de Gran Canarias, 1969, pp. 95-98.
- 62 *Blanco y Negro*, 16 y 23 de marzo de 1901. Reeditado por Mariano Martín Rodríguez en *Los nidos de antaño* (2020).
- 63 Carta a Ganivet de 29 de enero de 1896. Ganivet, Ángel y Navarro Ledesma, Francisco. “Epistolario”. En *Revista de Occidente*, 2ª época, año III, diciembre 1965, p. 297.
- 64 Correspondencia con Pérez Galdós. s.l., 20 de agosto de 1905. Ortega, p. 353.
- 65 González Blanco, Andrés, *Los contemporáneos*, París: Garnier hermanos, 1906, pp. 222-270. El artículo, a excepción del “Memento bio-bibliográfico” que lo cierra (pp. 267-270), apareció previamente en la revista *Nuestro Tiempo* (Año V, núm. 56, 25 de julio de 1905, pp. 148-168).
- 66 Fue publicada con el título *En un lugar de la Mancha...* Salamanca: Viuda de Calón e hijos, 1906. Una nueva selección, donde se incluyen algunos de los relatos entonces editados junto a otros varios, ha sido publicada en 2020 por la editorial Ledoría en edición preparada y prologada por Mariano Martín Rodríguez con el título *Los nidos de antaño*.

- 67 Discurso en el paraninfo de la Universidad de Alcalá de Henares, 11 de mayo de 1905. En Sawa, Miguel y Becerra, Pablo (dir.), *Crónica del centenario del Don Quijote*, Madrid: Establecimiento tipográfico de Antonio Marzo, 1905, p. 297.
- 68 *El Porvenir*, 27 de diciembre de 1905 (p. 3) y 10 de enero (p. 2); 28 de febrero (p. 3) y 31 de octubre (p. 3) de 1906.
- 69 Rafael del Cerro, en su artículo “Cervantes y Toledo: la aportación del periodista Francisco Navarro Ledesma”, publicado en *ABC Toledo* el 29 de noviembre de 2016, ofrece una precisa síntesis de los sucesivos intentos fracasados de homenaje.
- 70 *El Globo*, 3 de abril de 1896, p. 1.
- 71 *La Revista Moderna*, 19 de junio de 1897, p. 11.
- 72 *Blanco y Negro*, 18 de abril de 1903, p. 16.
- 73 *El Globo*, 16 de octubre de 1896, p. 1. La ortografía “Visagra”, las mayúsculas y los pasajes en itálica figuran tal cual en el original. El artículo aparece encabezado por el grabado de Bernardo Rico que lo reproduce.
- 74 Drama de José Echegaray, en tres actos y en verso, representado por primera vez el 14 de noviembre de 1874 en el Teatro Español de Madrid.
- 75 *Las Noticias* (Barcelona), 19 de mayo de 1899, p. 1. La obra de Maeztu, recopilación de artículos anteriores y primera publicación suya en volumen, fue editada ese año por Andrés Cardenal en Bilbao como tomo 32 de la Biblioteca Bascongada de Fermín Herrán. La librería de Fernando Fe era, probablemente, su distribuidora en Madrid.
- 76 El catedrático y periodista Ricardo Macías Picavea (1846-1899) había publicado, también en 1899, la obra citada, análisis personal de la situación que dio origen al llamado desastre del 98, libro que tuvo un gran impacto en su época. Había publicado también alguna novela.
- 77 Francisco Silvela de Le Vielleuze (1845-1905), dirigente del Partido Conservador, era presidente del Consejo de Ministros en 1899 con un programa que decía había de servir para la “regeneración ética” de España. A su vez, el general Camilo García de Polavieja (1838-1914) era ministro de la Guerra en el gabinete de Silvela. Ambos fueron blanco de constantes sátiras y burlas en *Gedeón* y otros periódicos satíricos.
- 78 Navarro Ledesma junta, con notoria intención denigratoria, personajes de ideología republicana. José Nakens (1841-1926), partidario de un golpe militar que reinstaurase la república, fue fundador y principal director del popular semanario *El Motín*, portavoz sectario del anticlericalismo desde su aparición en 1881. Francisco Pi y Margall (1824-1901), segundo presidente de la República instaurada en 1873, había fundado y dirigía el Partido Federal, opuesto a todo intento de restaurar la República por vía militar. Joaquín Costa (1846-1911) defendía que solo una “revolución desde arriba” que pusiese fin al caciquismo reinante y el desarrollo del riego podían sacar al país de la crisis política, económica y social en que se encontraba. Basilio Paraíso (1849-1930), miembro del Partido Republicano Progresista de Ruiz Zorrilla, fue un exitoso empresario que lanzaría en 1900 junto a Joaquín Costa el proyecto regeneracionista de la Unión Nacional, partido por el que fue elegido diputado y al que apoyó Ramiro de Maeztu.
- 79 Alusión al empresario y cacique vizcaíno Víctor Chávarri Salazar (1854-1900), destacado impulsor, junto con sus hermanos, de la minería y la siderurgia vasca del siglo XIX.
- 80 En tiempo de Navarro Ledesma, los personajes más relevantes de la saga de los marqueses de Comillas eran Claudio López Brú (1853-1925), conspicuo adversario del sindicalismo socialista y protector de la Compañía de Jesús, cuarto hijo de Antonio López López (1817-1883), empresario y banquero enriquecido en Cuba con el tráfico de esclavos y empresas navieras y con negocios importantes en Filipinas, y el industrial catalán Eusebio Güell Bacigalupi (1846-1918), también de familia esclavista, casado con la hija mayor de Antonio López y mecenas de Antonio Gaudí, herederos de la fortuna, títulos nobiliarios y negocios de sus antecesores.
- 81 Referencia a los seguidores de Sabino Arana Goiri (1865-1903), fundador del Partido Nacionalista Vasco en 1895 y propagandista del euskera.
- 82 Es posible que se aluda al regionalista Alberto Rusiñol (1862-1928), diputado y empresario textil partidario del intervencionismo catalán en los asuntos españoles, defendido también por Maeztu en *Hacia otra España*, y no a su hermano Santiago Rusiñol (1861-1931), siempre distante del regionalismo pese al destacado papel que jugó en la llamada “Renaixença” cultural catalana con su obra pictórica y literaria.
- 83 José Martí (1853-1895) fue uno de los líderes del independentismo cubano e iniciador como poeta del modernismo latinoamericano.
- 84 El escritor Enrique José Varona (1849-1933), independentista cubano, fue un estrecho colaborador de José Martí.
- 85 El ingeniero vasco Pablo de Alzola (1841-1912) había sido alcalde de Bilbao y presidente de la Diputación provincial de Vizcaya, desde la que defendió una postura proteccionista favorable a los intereses industriales vascos y negoció la renovación del concierto económico con el Estado. Tras la pérdida de Cuba y Filipinas, se alineó, como Maeztu, con la Unión Nacional de Joaquín Costa y Basilio Paraíso, por la que fue elegido diputado en el Congreso. No llegó a ocupar ningún Ministerio, pero sí la Dirección General de Obras Públicas en el Gobierno de Francisco Silvela.
- 86 *Los Lunes de El Imparcial*, 4 de noviembre de 1895. Relato probablemente escrito mientras residía en Toledo, en cuya catedral se sitúa la trama.